

La mirada según Juan Antonio Paredes



La belleza del amor crucificado

Aunque fuera sólo por su aportación al arte, la Iglesia merece figurar entre los grupos humanos más importantes de la historia de la humanidad. Y es inútil el empeño de los laicistas por eliminar de la vida pública los signos y símbolos religiosos. No se puede hablar de escultura, de pintura, de arquitectura, de literatura, de música ni de arte en general sin tener que recurrir a las obras cumbres que ha aportado al cristianismo. Lejos de ser una fuente de violencia, como afirman personas escasamente informadas y resentidas en exceso, la fe cristiana es un manantial inagotable de bondad y de belleza, como nos ponen de manifiesto tantos caminos de liberación como promovieron los santos y tantas obras maestras como han producido los artistas creyentes.

Y es natural, por que el arte brota de un juego vivo y difícil entre el sentimiento y la razón, y nadie se acerca más a la verdad y a la belleza que la persona habituada a buscar el último porqué de la vida y la inagotable belleza del Autor de la misma. Desde antiguo, se afirma fundadamente que la verdad y la belleza son aspectos inseparables de todo ser; y dado que Dios es el Ser mismo, el Ser por sí mismo o Ser Supremo, resulta lógico deducir que encarna la verdad y la belleza en grado sumo. De ahí que la persona acostumbrada a buscar su rostro logre plasmar en sus obras los deslumbrantes reflejos que ha intuido en su apasionada búsqueda. Porque el arte tiene mucho que ver con el arrebató y con el éxtasis, dos componentes de toda experiencia cristiana profunda que se vive en el encuentro con el Incondicionado, nos hace caer por tierra desarmados y nos transforma en hombres nuevos.

En el caso de La Pasión en la pintura de Rando, cabe preguntarse si el dolor, el

sufrimiento y la tortura pueden tener algún componente de verdad y de belleza.

Pero es que el autor, más que fijarse en los verdugos y sus obras, ha sabido centrar su mirada y sus pinceles en la Víctima, en quien resplandece a prueba de siglos la grandeza de una amor que se deja matar pudiendo impedirlo; la belleza infinita de una libertad suprema, que vence hasta eliminar los últimos posos del egoísmo y la sed de venganza; la verdad rotunda de un hombre auténtico, que firma sus palabras de amor oblativo con la entrega de su misma vida. Como dice San Pablo, Jesucristo es el resplandor de la gloria de Dios, su imagen más lograda, su impronta esculpida en la existencia humana. Y la belleza de la bondad divina nunca resplandece más que cuando el mismo Dios se deja crucificar por sus mismos hijos, a quienes tiende su mano de Padre llena de perdón. Por otra parte, la belleza de la fe católica no consiste solamente en que nos manifiesta el resplandor de la gloria de Dios y su imagen perfecta en Jesucristo, sino en que nos da y “nos muestra a través de los misterios de la gracia una elevación desmesurada de nuestra naturaleza humana” (M.J. Scheeben).

Como todo cristiano convencido, Jorge Rando ha meditado largamente sobre el hecho mismo y el sentido de la pasión y muerte del Señor; y sabe que la cruz, como dice el evangelista Juan, se convierte en la representación más impresionante del amor y del ser de Dios, de su “gloria”, que irradia la belleza divina sobre el mundo. A la luz de la fe, lejos de ser una forma de destrucción, se transfigura y se convierte en una efusión de bondad y misericordia. Por eso es capaz de iluminar el sufrimiento humano, muy presente en la pintura de Rando, y de darle un sentido transcendente. Ese sufrimiento que golpea continuamente la mirada y el corazón del pintor, hasta

La mirada según Juan Antonio Paredes



quedar plasmado, casi en proporción excesiva, en muchos de sus cuadros.

La sabia combinación de colores crudos con rasgos aparentemente inacabados produce una honda impresión en quien contempla su obra. Pero en lugar de desarrollar y de matizar su visión, como hacen los autores del Barroco con su formas perfectamente acabadas, él se limita a sugerir y a provocar, dejando que sea cada uno el que dialogue con el lienzo y el que ponga en el instante mágico de la contemplación la profundidad de sus propios sentimientos y la libertad de su imaginación creadora. Porque el suyo es un lenguaje bronco y en parte inacabado, que solicita la respuesta personal de cada uno.

Es así como Jorge ha querido contribuir, desde su fe cristiana, al diálogo de la fe con la cultura en nuestra Málaga del siglo XXI. Aunque el suyo es un diálogo que, por su hondura artística y creyente, está llamado a perpetuarse en el tiempo y enriquecer el patrimonio cristiano y cultural de esta tierra de luz y pintores.